

Obra protegida por derechos de autor

LONDON



¿Destino o casualidad?

D.J.57

LUZ RÍOS

Obra protegida por derechos de autor

LONDON

jmrc@us.edu.mx

Londres, 21 de marzo.

Me encontraba sentada en la barra de un pub festejando mi cumpleaños número 30, sola y lejos de casa. Había ahorrado durante año y medio la mitad de mi salario para poder realizar un viaje a la ciudad de mis sueños. Esta era mi primera semana en la ciudad y me sentía maravillada, aunque extrañaba a mi familia sobre todo en este día. El barman acaba de servirme otro Cosmopolitan, mi bebida preferida.

- Por cuenta de la casa, feliz cumpleaños – dijo dedicándome una sonrisa que dejaba claro un coqueteo de su parte y colocando frente a mí una copa de champagne.

Observé cómo la bebida burbujeaba mientras me preguntaba si debía responderle el flirteo al barman, un hombre de aproximadamente 30 años blanco con ojos verdes y cabello rojizo, nada mal para una noche de diversión. Pero no había venido a Londres para divertirme, había viajado para olvidarme de mi reciente compromiso anulado; Ricardo había sido el hombre perfecto, guapo, trabajador y completamente enamorado de mí, perfecto para todas menos para mí. Decidí devolver el anillo un mes antes de la gran boda, en la cual mi madre y exsuegra estaban más involucradas que yo, cuando tuve el valor de decirle a Ricardo que no podía seguir con aquel show en el cuál yo no me sentía la protagonista perdidamente enamorada de su príncipe azul, sentí alivio, lloré de felicidad por tomar la que considero hasta este momento la mejor decisión de mi vida.

Así que aquí me encontraba yo, pensando en la oportunidad de diversión por una noche con un completo extraño cuando ese jamás había sido mi estilo.

Tomé la copa de champagne y la bebí por completo, recordar dolía porque había lastimado a un buen hombre y a dos familias.

- El champagne no irá a ningún lado si lo tomas más despacio – Una mujer a mi lado me observaba con una gran sonrisa amigable – Por cierto feliz cumpleaños, soy Anne –

- Gracias, pero cómo sabes que es mi cumpleaños – pregunté un poco confundida

- Oh, escuché a Robert felicitarte. – señaló al barman. Bueno al menos ya sabía su nombre.

- Yo soy Camila – respondí cortésmente y después intenté volver a mis pensamientos que ahora empezaban a girar en torno a Robert.

- Camila no creo que la gente deba estar sola en su cumpleaños, claramente puedo ver que eres turista y estás sola. Te invito a mi mesa, vengo con algunos amigos y aunque algunos son un poco excéntricos te agradarán.

Claramente esta mujer estaba loca, en que cabeza cabía que yo me sentara en una mesa llena de desconocidos, hoy prefería aplicar el dicho de mejor sola que mal acompañada.

- Muchas gracias Anne, pero prefiero quedarme aquí. Además puedo incomodar a tus amigos. –

- De ninguna manera, ven. – tomó mi brazo hasta que me levanté de la silla y me arrastró hasta su mesa. Todos observándonos mientras nos acercábamos.

Siempre he sido una persona difícil, cuando no me siento cómoda me encierro en mi mente y dejo de hablar. Muchos lo toman como si fuera un acto de arrogancia de mi parte, pero la realidad es que a veces mi mente queda en blanco, es como si no fuera normal. Y aquí me encontraba frente a

una mesa con siete personas observándome fijamente mientras Anne me presentaba a cada uno de ellos. Observaba sus rostros mientras ella decía el nombre pero jamás llegué a escuchar alguno, estaba bloqueada intentando pensar en hacer algún comentario que impresionara a estas personas cuando mi nueva amiga de 5 minutos me presentó al único hombre que realmente había llamado mi atención desde que estuve en la barra.

- y el apuesto señor que está sentado en el rincón es John Barnes.

Sonreí abiertamente e incluso me atreví a agitar mi mano en señal de “hola”, enseguida mi entusiasmo se esfumó cuando la rubia que Anne acaba de presentarme como Amanda le tomó la mano de manera posesiva y lo acercó a ella para después plantarle un beso. Me senté en la única silla desocupada e intenté controlar mis ganas de salir corriendo, respiré profundamente, sería una noche larga. Todos volvieron a sus conversaciones en cuanto estuve sentada, me sentí fuera de lugar. Cuando tuve la copa frente a mí jugueteé con ella, vaya cumpleaños. Todo iba de mal en peor, extrañaba a mi familia, quería una noche a solas en la ciudad para autofestearme a mi manera y en vez de eso, había terminado en una mesa en donde claramente nadie me hacía caso y donde yo no deseaba estar. Suspiré.

- Estás incómoda – afirmó una voz masculina en mi dirección e inmediatamente alcé mi vista y me encontré con una mirada penetrante color café oscuro observándome, era John Barnes. Me sonrojé y abrí la boca para enseguida cerrarla sin saber que decir, él me dedicó una sonrisa arrebatadora.

- Sí – respondí sinceramente e inmediatamente me arrepentí. Una voz dentro de mí me gritaba que eso no había sido interesante, que a la próxima que tuviera que hablar debía ser algo más elaborado que un simple sí. Quise hacer otro comentario pero él ya se había girado para prestarle atención a su novia.

Después de un minuto Anne vino a sentarse a mi lado para conversar

conmigo. Era una mujer que tenía la facilidad de hablar, ser divertida e interesante al mismo tiempo. Su vida giraba en torno a su creciente carrera de actriz de teatro y su novio Dylan, quien era modelo pero no se encontraba presente. Me contó que ella se sentía igual que yo cuando estaba rodeada de extraños pero que la actuación la había ayudado a desenvolverse mejor frente a la gente. Era fan del Soccer al igual que yo y en su niñez lo había practicado, extrañamente siendo londinense el equipo de sus amores era el Manchester United, luego entendí el porqué, su padre fue jugador algunos años de los Red Devils del Manchester.

En sus ratos libres a Anne le gustaba visitar a sus abuelos. Instintivamente me agradó, no la conocía mucho pero siempre he podido percibir cuando una persona es auténtica y honesta; para mí, Anne lo era. Poco a poco las personas de la mesa se fueron incluyendo en nuestra conversación y así fue como supe que Amanda era modelo, claro que ya lo sospechaba con esa cara de muñeca y su delgada y alta figura debía de serlo. Por otro lado estaba Lisa, una abogada que era amiga de Anne desde que eran niñas, pude notar que era mucho más reservada que su amiga. Paul era un chico fornido y divertido que gastaba bromas a todo el grupo. En el otro lado de la moneda estaba Marco un chico delgado y callado, pero con las palabras justas para cada momento, él era pintor. Kim era la mejor amiga de Amanda, sólo incluida en el grupo por su amiga ya que es de esas mujeres vanidosas y superficiales, todo lo contrario al resto. Por último estaba John, aquel hombre con sonrisa cautivadora y actitud arrogante que me tenía intrigada. La noche comenzaba a agrardarme, los desconocidos comenzaban a ser agradables conocidos y la tristeza por la lejanía de mi familia en ese momento ya no ocupaba toda mi mente. Las copas produjeron un efecto liberador en mí, reía con las anécdotas de mis nuevos amigos y de vez en cuando bromeaba con ellos.

- ¿De dónde eres? – Otra vez tenía la atención de aquel hombre que me

intrigaba tanto.

- México – Sonreí feliz al recordar mi casa.

- ¡Tequila! – Fue lo primero que gritó John poniendo cara de tonto con una carcajada y haciéndole señas al mesero, enseguida pidió tragos de tequila para cada ocupante de la mesa.

- He escuchado que los mexicanos son indios muy mal educados – comentó Amanda con una voz petulante, no pude evitar reírme.

- Yo he escuchado que los ingleses son apretados, aunque hoy he descubierto que no todos tienen esa característica, solo algunos – le respondí mirando directo a ella y alzando mi vaso de tequila – Viva México – grité de manera natural y el resto del grupo repitió mi grito.

El tequila se convirtió en la bebida principal de la noche, para las tres de la madrugada ya no se entendía lo que hablábamos. Anne bailaba al ritmo de “Mátalas” de Alejandro Fernández, nunca supe en qué momento Robert lo había puesto, me incorporé a su baile que bien podría haber parecido a los ojos de alguien sobrio que ambas estábamos sufriendo un ataque de epilepsia. Cuando la canción terminó decidí que era momento de regresar al hotel, Anne me acompañó a la mesa a recoger mi bolso y me despedí de todos con abrazos y la promesa de reunirnos una vez más al día siguiente, intercambiamos números celulares y juré llamarlos al día siguiente. Salí del pub caminando a trompicones, la lluvia típica de Londres refrescó mi cara lo que me ayudó a aclarar las ideas, en mi estado no podía caminar hasta el hotel y decidí que lo más sensato sería tomar un taxi. Mi mente comenzó a vagar a mi casa, extrañaba a mi familia y me sentía culpable por no estar con ellos en esta fecha, pero no podía quedarme en casa y decidí viajar para huir del dolor que había provocado a tantas personas. Una lágrima se escurrió por mi rostro, el dolor ahí seguía latiendo dentro de mi pecho y sollocé.

- ¿Planeas tomar un taxi o solo buscas enfermarte? – Reconocí la voz de John, enseguida respiré profundo y me giré hacia él dedicándole una mirada de fastidio.

- Busco enfermarme – respondí en tono sarcástico, comenzaba a sentir frío y el buen humor se había esfumado de mi cuerpo.

John levantó la mano y enseguida un taxi se detuvo junto a nosotros. Él abrió la puerta con una sonrisa divertida a la cual yo no respondí, apoyé mi mano en la puerta y sin querer mis dedos rozaron la mano de John, una descarga eléctrica recorrió mi cuerpo llenándolo de calidez y despertando cada célula, giré mi rostro buscando su cara y ahí estaba serio observándome. Nuestras miradas se hicieron una, aquellos ojos me hicieron sentir como que por fin estaba en casa, el momento terminó cuando el chofer del taxi me apresuró a subir, cuando arrancamos no pude evitar ver por el vidrio trasero a John que se quedaba parado en aquella banqueta todavía desconcertado por lo que acababa de suceder. Al llegar al hotel me quité la ropa y me aventé a la cama perdiéndome en un sueño profundo.

Me levanté después de mediodía con una profunda resaca, la cabeza me taladraba y enseguida marqué a recepción para pedir cualquier medicamento que quitara el dolor de cabeza. Tomé mi teléfono móvil de la mesa de noche y descubrí que tenía una cantidad exagerada de llamadas perdidas por parte de mi madre, pensé por unos minutos si me sentía con ganas de devolverle la llamada, mi madre siempre ha tenido la capacidad de volverme loca en cuestión de segundos y desde que la defraudé por romper el compromiso con Ricardo, parecía que éramos incapaces de comunicarnos de manera civilizada, decidí que lidiaría con ella a mi regreso a casa.

<<Oh Dios ¿Por qué tomé tanto tequila?>>

Me pregunté al ver mi imagen reflejada en el espejo del baño, mi cabello

negro era un total desastre que asemejaba a un nido de pájaros, mi piel pálida se veía verde y mis ojos estaban tan hinchados que parecía de nacionalidad china. Me desnudé y entré a la ducha, dejé correr el agua sobre mi cuerpo hasta que la piel de mis manos comenzó a arrugarse así que lavé mi cabello y cuerpo lo más rápido que pude. Al salir me acosté sobre la cama envuelta en la toalla, dispuesta a tomar una siesta para dejar de sentirme como un zombi de The Walking Dead, pero un llamado en la puerta interrumpió mi proceso de resurrección.

Me levanté de mala gana pensando que era la inoportuna camarera deseando hacer la limpieza de la habitación, al mirar por la mirilla solo pude ver unos gigantes y lindos tulipanes.

- Se equivocó de habitación señor. – dije sin abrir la puerta y molesta por haber perdido un minuto de mi tan anhelado descanso.

- Tengo una entrega para la señorita Camila Ríos, habitación 406. –

Al escuchar la respuesta del mensajero sentí curiosidad y volví a mirar por la mirilla.

- Deme un minuto por favor

Corrí hacia la maleta y me vestí lo más rápido posible con lo primero que encontré, abrí todavía con cara de zombi y pude notar que el mensajero me observaba preocupado la hinchazón de mis ojos. Tomé el arreglo floral le agradecí y cerré la puerta casi corriéndolo de mi habitación, moría de curiosidad de saber la procedencia de aquel arreglo que había alegrado mi día.

Coloqué las flores sobre la mesita que había en la habitación y tomé la tarjeta.

“Espero este regalo atrasado sea de tu agrado, ha sido un placer conocerte señorita, felices 30’s.”

La tarjeta venía firmada con una “J”, mi mente quedó en blanco una vez más hasta que el sonido de un mensaje entrante en mi celular me hizo reaccionar.

De John B:

¡Sorpresa!

Me reí y enseguida respondí...

Lo siento, nunca me han gustado las flores. Las prefiero en el campo o el bosque que adornando una habitación.

De John B:

Debo compensar mi error, arréglate que te llevaré a comer en la naturaleza. No acepto un no por respuesta, te veo en una hora.

Camila:

Lo siento pero no salgo con desconocidos

De John B:

Eso no decía tu mirada ayer que te despediste de mí al subir al taxi

El había sentido lo mismo que yo en ese instante, solo por eso no pude negarme. Aventé el celular a la cama y corrí hasta mi bolso de maquillaje para tratar de deshacerme de aquellas ojeras.

Al cabo de una hora el teléfono de mi habitación sonó, un joven me estaba esperando. Tomé mi bolso y salí, nunca me ha gustado hacer esperar a la gente.

En cuanto las puertas del elevador se abrieron, lo vi parado con una mano dentro de sus pantalones y aquella sonrisa arrogante que tanto me exasperaba. Se acercó a mí y me saludó con un beso en la mejilla que me tomó totalmente desprevenida, debido a esa cercanía pude disfrutar de su perfume, algo

completamente delicioso y por un segundo me imaginé pasando mis labios por su cuello mientras memorizaba aquel aroma.

“Cálmate Camila”, pensé al instante para alejar aquel pensamiento de mi mente. Miré fijamente a aquel hombre que era un desconocido para mí, cabello negro con barba espesa que le daba una apariencia de seductor, labios delgados como a mí me gustaban y ojos cafés que con sus gestos daban miedo pero si los veías detenidamente reflejaban un alma buena.

- ¿Podemos irnos o vas a seguir viéndome? – preguntó y me sonrojé.

Caminé hacia la salida del hotel y cuando noté que no me alcanzaba me giré y lo descubrí observando mi cuerpo.

- ¿Podemos irnos o vas a seguir viendo mis caderas? –

- Una vista impresionante – dijo y soltó una pequeña risa que provocó una carcajada en mí, no sé si por lo incómodo del momento o por su descaró que resultaba divertido.

Caminamos una distancia que me pareció muy larga, al menos para alguien como yo que nunca ha sido fan de las largas caminatas. Cuando llegamos a nuestro destino quedé estupefacta de la belleza natural del Parque Hyde, observé un sinfín de árboles, me maravillé con las diferentes flores que embellecían aquel hermoso lugar y cuando llegamos al lago, John se acercó a una pequeña balsa y subió a ella, enseguida me acerqué sonriendo feliz al ver sus planes, dentro de la balsa había una canasta de picnic y dos mantas. Tomé asiento mientras él ocupaba su lugar y fingía ser un experto remando, lo cual resultó un desastre porque la balsa giraba sobre su mismo eje, no avanzaba.

- ¿Tu primera vez remando? – dije en medio de un ataque de risa

- ¡Sí! Espero ganar un punto por el intento – respondió riendo conmigo

- ¡Qué va! ¡Ganas puntos por hacer el ridículo! –

Los dos reímos un buen rato sin parar, su risa era libre y escandalosa, por un momento perdió esa arrogancia que lo caracterizaba. Cuando por fin pudimos detener nuestro ataque de risa, mis ojos lloraban, el estómago me dolía y mis mejillas se encontraban entumidas por el frío.

- ¿Ahora que procede capitán? – pregunté y enseguida él soltó los remos, descubrió la canasta y sacó dos cervezas, las abrió y me extendió una, la cual yo tomé en mis manos sin animarme a darle un sorbo, no me gusta mucho la cerveza, pero con él en ese momento la cerveza era un deleite a mi paladar.

- Dejemos que nos lleve la corriente –

Hizo un gesto de brindar conmigo y bebió, decidí imitarlo y el sabor de aquella cerveza me pareció muy fuerte. Observé el envase y era una London Pride.

- ¿Tu favorita? – pregunté

- Siempre – afirmó y dio otro trago – Parece no agradarte –

- No estoy acostumbrada a sabores tan fuertes – le dije, sin embargo ese sabor amargo diferente a todo lo que había probado en mi vida le daba un sabor diferente y único también a ese momento.

- Lo siento, debí traer vino o agua. No se me ocurrió que no te gustaría. –

- ¡Así está perfecto! – Dije sonriendo – Es parte de vivir Londres –

- ¿Vivir Londres? Estás viviendo la experiencia John –

Una vez más me reí.

- Tienes un ego muy grande ¿lo sabías? ¿Experiencia John? jaja –

- Y al parecer tú eres inmune –

¿Inmune? En mi mente esa palabra se dibujó en letras gigantes y de color fluorescente. Yo no me sentía inmune, sobre todo porque todo lo que decía me parecía divertido y no podía evitar reír. Un hombre guapo, divertido y seguro de sí mismo siempre ha sido mi debilidad y John tenía todas esas características, él me veía inmune y yo me sentía como si él fuera el centro de mi gravedad y cada vez me atraía más.

Sacó de la canasta unas empanadas que en mi país las comemos en cualquier puesto de la calle pero que aquí son un plato más elaborado, eran de ternera sazonadas con cerveza acompañadas con una salsa que no pude identificar sus componentes pero que jamás había probado algo así pero era agradable.

Platicamos durante horas sobre nuestras vidas. Su vida era más estable que la mía, sus padres eran una feliz pareja de enamorados que siempre procuraban dar lo mejor a sus hijos, ya no vivía con ellos pero solía visitarlos cada domingo para un día familiar, tenía un hermano menor llamado David y quien era su mejor amigo. Se ganaba la vida como escritor, actualmente hacía libretos para obras de teatro y algunas series de televisión y se encontraba en el proceso de escribir su primera novela, por eso se entendía tan bien con Anne que amaba el Teatro.

Amanda no era su novia, él la llamó como algo casual que sucede mientras cada uno encuentra una pareja estable aunque él creía que ella tomaba la relación más en serio de lo que habían acordado. Su mayor sueño era ser un escritor reconocido. En cambio mi vida era un torbellino, venía de un hogar de padres separados y creía firmemente que mis relaciones siempre terminaban en un desastre, le conté sobre mi reciente ruptura y él me dijo que no podía sentirme culpable de hacer lo que es mejor para mí, se asombró cuando le conté que soy chef y que mi mayor sueño es abrir mi propio restaurante. Me hizo prometerle que el fin de semana cocinaría algo para él y

me emocioné al pensar que nos volveríamos a ver, pero sobre todo porque estaba interesado en lo que a mí más me gustaba hacer.

La cita resultó ser la más agradable que había tenido en mucho tiempo sino es que la mejor de mi vida, en mi lugar ideal, con un hombre que no le pedía nada a mi ideal y con un día de cielo en tonos indescriptibles. Me sentí cómoda con él y jamás sentí la necesidad de impresionarlo, simplemente pude ser yo libremente y él pareció disfrutarlo.

Para regresar a la orilla tuve que remar, él era un caso perdido y yo siempre he tenido habilidades para las actividades físicas, tal vez se debía a que crecí entre hombres.

- ¡Impresionante! – gritó cuando logramos pisar tierra

- Tengo habilidades que no conoces - y al decir esto me arrepentí porque salió en un tono seductor, muy diferente a lo que yo había querido decir.

- Tendré que descubrirlas – murmuró

Empecé a caminar avergonzada hacia la salida del parque, en mi cabeza me decía “tonta, tonta, tonta y retonta”.

Caminamos hacia el hotel en silencio, a pesar de sentirme avergonzada no era un silencio incómodo, era la primera vez en mi vida que no sentía la presión y la necesidad de hablar y decir cualquier cosa que me pasara por la cabeza, muchas veces decir algo fuera de lugar, para terminar con la incomodidad del silencio. Esta vez se sentía como algo natural, no había que forzar el momento porque él no esperaba que lo hiciera.

Al llegar al hotel me acompañó hasta la puerta de mi habitación, mientras yo pasaba la tarjeta con manos temblorosas para abrir la puerta, pensaba en si debía invitarlo a pasar. En cuanto pude abrir me giré y él me deslumbró una vez más con aquella sonrisa, me dio un beso en la frente y se despidió.

- Te veo pronto – dijo y se marchó, dejándome con las ganas de estar con él.

Entré a mi habitación y se cerró la puerta tras de mí. Me aventé a la cama y mi mente, como siempre, comenzó a darle mil vueltas a todo lo ocurrido. Era obvio que había una atracción entre nosotros y mucha química, pero no podía emocionarme, me quedaban tres semanas en el país y no buscaba una aventura amorosa o sexual, simplemente quería conocer aquella histórica ciudad, la de mis sueños, así que decidí evitar a John para vivir Londres y no la experiencia John que solo me aceleraba el corazón y me ponía demasiado nerviosa. Mi corazón se sintió decepcionado ante esta decisión pero mi cabeza estaba completamente segura de que era lo correcto, estaba segura que verlo no nos llevaría a ningún lugar porque nuestras vidas estaban demasiado lejos para coincidir.

Me desvestí y metí en la cama, tomé mi celular y respondí mensajes de mi hermano que me contaba lo molesta que estaba mamá conmigo por no responder a sus llamadas pero que no me preocupara porque seguramente se le pasaría para mi regreso. Por otra parte mi mejor amiga Alejandra me contaba que Ricardo le llamaba constantemente para pedirle consejos sobre cómo regresar conmigo, al grado que acababa de bloquearlo de sus redes sociales y su mensajería. No tenía ganas de hablar sobre Ricardo, así que puse el celular a cargar en modo silencio, me enrollé en las sábanas y comencé a practicar mis ejercicios de respiración para dormir profundamente pero no dieron resultado.

Encendí el televisor y busqué algún canal de música, estuve acostada viendo videos hasta que quedé profundamente dormida.

Por la mañana descubrí que tenía varios mensajes por parte de John pero ya había tomado una decisión así que no los respondí. Mantuve una pequeña conversación con Anne y quedamos de vernos en el hotel por la tarde para

acudir de compras a Oxford Street.

Desayuné en una pequeña cafetería que se encontraba cerca del Palacio de Buckingham, disfrutando del ir y venir de los cientos de turistas que visitaban aquel lugar emblemático. Al terminar decidí ser un turista más y me acerqué a tomar fotografías del lugar y ¿por qué no? Tomarme una foto con los famosos guardias reales, intentando como cada persona lograr hacerlo reír o algún gesto, pero mis intentos fueron en vano porque aquellos hombres parecían no notar mi presencia, quizá John podía hacerlo, tenía una gracia natural para provocar sonrisas que este reto sería mínimo para él, otra vez mi mente me traicionaba pensando en él.

Caminé por horas disfrutando de aquella arquitectura, por momentos me detenía a comprar café sólo para escuchar aquel acento británico que tanto me gustaba por su enorme elegancia. Tomé fotos hasta de los taxis, todo era tan diferente a lo que veía diariamente en mi país, aquí la vida me parecía más excitante e interesante. Siempre he sido fanática de Gordon Ramsay, no sé si por todos los programas de televisión que veo de él, por sus libros de recetas impresionantes y sencillas que he ido comprando desde años, por su forma tan brutal de decir las cosas o porque lo considero un modelo a seguir dentro de mi profesión. Anoté en la agenda de mi celular que debía hacer una reservación para cenar en el Restaurante Gordon Ramsay en mi última noche en Londres, obviamente lo escogí sobre el Savoy por las estrellas michelines, no importaba el precio era el sueño de mi vida y pagaría lo que fuera por vivir ese momento.

Volví al hotel antes de la hora acordada con Anne para darme un baño y cambiarme de ropa. Bajé al bar del hotel a esperarla y pedí una cerveza London Pride, después de quejarme de su sabor fuerte el día anterior, ya le había encontrado el gusto y más aún cuando al dar cada sorbo sentía la

presencia de John a mi lado..

- ¿John? – preguntó Anne al llegar saludándome con un par de besos y señalando la cerveza.

- Sí, después de todo no está tan mal – dije sonriendo

- Por supuesto que no está mal, es un bombón – dijo ella refiriéndose a su amigo.

- jaja eres tremenda Anne, mejor vámonos – pedí para evitar el tema

Tomamos el metro, una nueva experiencia para mí y muy distinta a la que se vive en la Ciudad de México en donde debes cuidarte que no te roben a la hora pico, ya que la cabina va llena y no sabes ni por dónde viene la mano que se lleva tus cosas o que te toca hasta las partes más íntimas en el mejor de los casos.

Quedé maravillada por la calle Oxford, era como estar en el cielo para una compradora compulsiva como yo, agradecí haber llevado zapatos bajos. Mi estatura es de 1.60 mts y generalmente me gusta usar tacones o plataformas pero si algo he aprendido es que cuando eres turista los tacones y las plataformas resultan más un estorbo, mi madre seguramente me diría “Camila antes muerta que sencilla”, claro ella prefiere evitar caminar cada que viaja. No pude evitar entrar a cada zapatería, si amo comprar algo son zapatos y mi ropa siempre debe ser elegida en base al zapato que quiero usar. Compré unas zapatillas rojas tipo stiletto, fue amor a primera vista y un par de sandalias negras de tacón alto; el negro siempre ha sido mi color favorito para vestir aunque con el clima caluroso de casa, no podía utilizarlo frecuentemente.

Anne trabajaba para comprar faldas, claro con sus piernas largas yo también las compraría todo el tiempo. Sentí que había encontrado a mi alma gemela en las compras. Éramos prácticas, si algo nos gustaba y existía en nuestra

talla lo comprábamos, no como la mayoría de las mujeres que tardan una eternidad decidiendo qué comprar o buscando artículos similares a un menor costo. Entramos a una tienda de vestidos, todos y cada uno de ellos era espectacular. Sin duda me pondría uno para una cita o una fiesta donde quisiera impresionar. Encontré el básico vestido negro que toda mujer debería tener en su armario pero en realidad no tenía nada de básico, era una mezcla de brillos negros con encaje. Anne me animó a probármelo, yo dudaba porque no quería regresar a casa teniendo las tarjetas de crédito al tope pero la insistencia de mi amiga inglesa me convenció de probarme aquella belleza.

El vestido se ajustaba como un guante al cuerpo, resaltaba cada curva de manera positiva, el corto no me importó porque me veía sensacional. Decidí salir del probador y mostrarle el nuevo amor de mi vida a Anne, las zapatilla habían pasado a ser como mi ex. Al salir del probador vi a mi amiga sentada esperando y junto a ella a aquel hombre que yo había decidido evitar. Tropecé por la sorpresa y me sostuve de un maniquí que terminó cayendo sobre mi cabeza.

- ¡Oh por Dios! – gritó Anne al verme en el suelo con un maniquí encima.

La gente me observaba y yo no sabía si llorar por el profundo dolor que me causaba el golpe, estaba segura de que me saldría un chichón, o si llorar por la vergüenza monumental de evidenciar el nerviosismo que me provocaba. Todo lo contrario al llanto, sufrí un ataque de risa como en cada situación en la cual me sentía incómoda. Anne levantó el maniquí y John me levantó del piso.

- Necesitas clases para caminar querida – comentó en tono burlón

- Idiota – dije y jalé a Anne del brazo para que me acompañara de regreso al probador.

Entramos y enseguida bajé el cierre del vestido, me sentía enfadada con él por estar ahí y conmigo por haber hecho el ridículo de esa manera.

- ¿Qué hace él aquí? –

- Lo siento Camila, le platicué que estábamos juntas y él insistió en alcanzarnos –

- ¡Se supone que no volvería a verlo! – dije en un tono más alto del que quería

- ¿Qué te hizo?

- ¡Nada! –

- Cuéntame ya, seré una tumba –

- ese es el problema que si me hace algo me volverá más loca de lo que ya estoy-

La observé directamente a los ojos, analizando si debía abrirme con ella ya que a él lo conocía de toda la vida y a mí de un par de días. Su mirada junto con su sonrisa me inspiraron confianza y decidí explicarle lo que pasaba. Le conté sobre la cita que habíamos tenido el día anterior y lo atraída que yo me sentía hacia él. La cara de sorpresa que ella puso me hizo querer saber qué pensaba de todo lo que le acababa de contar.

- ¿Qué te pasa? –

- Camila, nena... Conozco a John de toda la vida y él no hace ese tipo de cosas. Literal desde que estábamos en kínder era un rompe corazones, las mujeres siempre han sido las que tratan de conquistarlo.

- ¡oh! –

- ¿Qué te pasa? ¿Por qué no te dejas consentir? – preguntó viéndome con una

expresión como si yo fuera tonta.

- Me voy en tres semanas, si sigo saliendo con él es probable que la despedida me resulte dolorosa –

- ¡Vive hoy! ¡Disfruta hoy! Mañana tal vez sea doloroso, pero la experiencia valdrá la pena

Solté un suspiro y me vestí con mi ropa. Decidí comprar el vestido comprometida después del desastre que había ocasionado con el maniquí que por suerte no había sufrido ningún daño. Al llegar a la caja me informaron que mi acompañante ya había pagado por el vestido, me molesté al instante y busqué a John para reclamarle. Lo encontré afuera recargado de un parquímetro con una sonrisa de autosuficiencia dibujada en su rostro.

- ¿Podrías simplemente dar las gracias? Tómallo como un regalo de cumpleaños atrasado – me dijo cuando me acerqué a él con cara de pocos amigos

- Anda Cam, no arruinemos la noche – escuché decir a Anne a mis espaldas, me había olvidado por completo de ella.

- Gracias – pronuncié aquellas palabras todavía con enojo.

Los tres caminamos recorriendo las tiendas por un par de horas más, hasta que Anne nos invitó a acompañarla a un bar latino en el centro de la ciudad. Mi primer pensamiento fue inventar alguna excusa para librarme de ir pero al pensarlo detenidamente llegué a la conclusión que cualquier razón que pudiera darles no sería válida, al fin y al cabo sólo era una turista sin ningún otro lugar al que ir aparte del hotel.

Al llegar al lugar observé cómo mi nueva amiga corría a abrazar y besar a un hombre bastante apuesto, intuí que era su novio. Anne me presentó a Dylan, de cerca pude notar que mi vista no me había engañado y él era realmente

guapo, rubio con ojos azules y una barba que brillaba dorada con las luces del bar.

- Buen trabajo – le dije a mi amiga y ella sonrió enamorada.

Ordenamos cerveza, esta vez no pedí una marca inglesa. Mi opción fue Corona, quería sentirme en casa por un rato. Los ritmos latinos sonaban por todo el lugar, en esta ocasión escuchábamos salsa y mis caderas automáticamente se movían al ritmo de la música. Tras terminar mi primer cerveza pedí otra y enseguida me dirigí a la pista de baile, no me importó hacerlo sola más cuando escuchaba aquel himno de la sala “no tiene talento pero es muy buena moza...” me recordaba la costa de donde era originaria, orgullosamente jarocho. Estaba disfrutando muchísimo de aquella noche. Solté mi cabello, cerré mis ojos y me dejé llevar por la música, tenía un pedacito de casa en Londres. Escuché a varias personas gritar “Azúcar” mientras bailaban y reí, los extranjeros tenían ideas muy marcadas sobre los latinos y sus costumbres.

Mientras bailaba unas manos tomaron mis caderas y sentí un cuerpo pegarse a mi espalda.

- ¿Bailamos? –

En cuanto escuché esa voz mi piel se erizó, era John y sentirlo pegado a mí me excitaba. Comencé a mover mis caderas y él siguió mi ritmo con su cuerpo. Sentí cómo la temperatura del lugar aumentaba o tal vez sólo era mi temperatura corporal. Me giró hasta que quedamos frente a frente y pegó mis caderas a las suyas, el tiempo se detuvo cuando nuestras miradas se clavaron la una a la otra, en ese instante no existía nadie más en la pista, estábamos en nuestra burbuja.

Él no tenía el mejor ritmo, parecía un poco descoordinado al bailar pero su

actitud era lo que me tenía hipnotizada. Cuando estábamos exhaustos decidimos volver a nuestra mesa, él tomó mi mano mientras caminábamos entre los bailarines hasta que llegamos al rincón en dónde se encontraban Anne y Dylan, y nos llevamos una sorpresa.

- Cariño, ahí estás –

Al ver a Amanda inmediatamente solté la mano de John y sentí cómo la felicidad de todos los buenos momentos juntos abandonaba mi cuerpo para dar paso a la decepción. Ella lo abrazó y enseguida le plantó un beso que me hizo excusarme y salir disparada al baño. En cuanto entré mojé mi cara y cuello con agua fría, sopesé mis opciones que eran quedarme o marcharme. Si decidía quedarme tendría que lidiar con Amanda y John, una opción que no me agradaba ya que nunca he sido de las personas con relaciones abiertas, siempre me enamoro. Mi segunda opción era despedirme con una sonrisa a la cara, volver al hotel y olvidarme de esta noche. Tal vez mucha gente me llame anticuada pero creo firmemente que las relaciones deben ser sólo entre dos personas y yo me estaba volviendo la tercera en discordia entre ellos dos, no podía volverme aquello que yo más odiaba.

Salí del baño juntando todo mi valor para poner mi mejor sonrisa, aunque por dentro me sentía celosa y triste. Cuando Anne me vio se acercó a mí y me dio un abrazo. La pareja que me causaba celos no se encontraba a la vista, seguramente estarían bailando.

- Tengo que irme, estoy agotada – me excusé

- Quédate, estoy segura que la noche puede mejorar –

- Te llamo mañana –

Tomé mi chaqueta, mi bolso y me despedí de ellos. Al salir estaba lloviendo, anoté en mi mente que debía cargar un paraguas en mi bolso a partir de

mañana. Caminé hacia la esquina ya que era una calle más transitada y después de unos minutos tomé un taxi que me llevó al hotel. El trayecto se hizo eterno, nos topamos con un choque y estuvimos detenidos en esa calle cerca de una hora. Durante la espera mi celular no dejaba de vibrar con llamadas y mensajes de John, no quería hablar con él así que decidí apagar aquel artefacto. Mi mente trataba de entender qué había sucedido para que yo me dejara llevar a un triángulo amoroso, aunque en el sentido práctico entre él y yo no había sucedido nada inapropiado.

Cuando por fin logramos avanzar yo ya me sentía realmente agotada, estaba empapada y sentía frío, mis pies dolían de tanto caminar y bailar, y mis parpados se sentían más y más pesados conforme los minutos pasaban.

- Señorita hemos llegado –

Brinqué cuando el chofer del taxi me dijo esas palabras, no sé en qué momento me quedé dormida. Pagué con la tarjeta y bajé una vez más a la lluvia cubriéndome la cabeza con la chaqueta. Distinguí el ruido de un vehículo derrapando al frenar a mis espaldas, de él salía una canción que siempre me ha gusta “We are all we need” de Above and Beyond y sonreí en mi mente. Alguien me tomó de los brazos provocando que me detuviera en medio de la banqueta, alcé la mirada y ahí estaba él observándome con una mirada seria. Bajé mis brazos descubriendo mi rostro, sentí cómo la lluvia corría por mi rostro el cual él tomó entre sus manos y a continuación vi en cámara lenta cómo John se acercaba a mi rostro. Supe que me besaría y mi mente me gritaba “Aléjate de él”, pero mi cuerpo no obedecía, me encontraba completamente a su merced. Aquellos ojos oscuros que calentaban mi interior, que enloquecían a mi corazón de una manera inexplicable y que provocaban una sensación de paz, me tenían hipnotizada.

Cuando nuestros labios se tocaron una explosión de energía estalló desde el

centro de mi cuerpo y llegó hasta cada fibra de mi cabello y mis pies. Nuestros labios se devoraban mientras nuestras lenguas se entrelazaban. El tiempo se detuvo, ya no sentía frío, la añoranza por mi casa había desaparecido, sin saber cómo, me sentí que después de una eternidad por fin había encontrado mi hogar. En ese momento todos los besos dados anteriormente habían dejado de tener sentido, habían dejado de importar. Sentía que este beso era el primero que me habían dado, el único que contaba y el único que iba a importar por el resto de mi vida.

Tomé su mano y entramos juntos al hotel. Por mi mente pasaba la voz de mi madre diciéndome que estaba tomando la decisión equivocada, que John jamás me tomaría en serio si tenía relaciones con él, que la gente pensaría mal de mí; esos y más complejos que habían guiado mi vida hasta este momento en el que nada me importaba, sólo deseaba ser suya.

En el elevador lo miré a los ojos y pude ver su mirada nerviosa, la lucha interna que él también sufría sobre si dejarse llevar en ese momento. No dijimos palabra alguna, acarició mi rostro con su mano y entonces la duda en ambos desapareció. Las puertas del elevador se abrieron en mi piso y lo guié hasta mi habitación. Cuando entramos, la magia comenzó.

Lentamente fue desvistiéndome mientras besaba tiernamente cada parte que dejaba al descubierto, mis brazos hasta llegar a la punta de los dedos de mi mano, mis piernas causando que todo mi cuerpo se estremeciera con el calor de sus besos, me llevó hasta la cama y ahí se deshizo de mi ropa interior. Juguetó con mis pechos mientras yo jadeaba, su mano derecha acariciaba lentamente mi entrepierna y poco a poco con sus besos fue descendiendo hasta llegar a mi monte venus en donde pareció encontrar el tesoro al final del arcoíris y se entregó completamente a satisfacerme con besos intensos y mordidas suaves que me llevaron rápidamente al clímax. Temblé y grité

como nunca antes lo había hecho, mi mente se encontraba en un trance profundo cuando lo sentí entrar lentamente en mí. Me besó la frente; la nariz, los ojos, tomó mi mano derecha y me hizo el amor viéndome directamente a los ojos. Con una sincronización perfecta los dos terminamos y presté mucha atención a su boca que se abría levemente para soltar un gemido mientras los músculos de su cuello se tensaban y sus ojos se ponían vidriosos.

Se recostó a mi lado y me tomó en sus brazos, mi cabeza sobre su hombro mientras él acariciaba mi espalda hasta que me quedé profundamente dormida.

Desperté de un brinco, mi cabeza recordaba rápidamente todo lo que había sucedido la noche anterior. Escuché un carraspeo y al girarme me encontré con la mirada de John observando todo mi cuerpo desnudo detenidamente. Por mi mente pasaron miles de cosas, quería correr al baño, pero lo único que pude hacer fue tomar la sábana y cubrirme. Él se levantó lentamente del sofá en el que se encontraba sentado y con una enorme sonrisa llegó hasta donde yo me encontraba embelesada con su mirada y me quitó la sábana, una vez más no pude moverme y perdí la respiración. Él me besó despacio haciendo que mi piel sintiera calor al sentir el roce de su lengua con la mía, me acostó sobre la cama y una vez más hicimos el amor.

Siempre creí ser una mujer sensata al momento de escoger tener relaciones sexuales con un hombre, nunca me acostaba con un desconocido y mi regla era que teníamos que estar en una relación estable para poder llegar a tener sexo. Con John todo era diferente, no había reglas, su presencia me hacía dejar de utilizar el cerebro y simplemente me dejaba llevar por él. Su mirada me enloquecía al tiempo que me daba la paz de estar en casa, su sonrisa era un bálsamo que desaparecía todos los fantasmas que llevo dentro, el olor de

su piel me hacía sentir en el paraíso. Desde el momento en que lo conocí él me hizo sentir algo que nadie había logrado, me hizo sentir bien conmigo misma.

Esta vez ya no dormimos, nos quedamos acurrucados en la cama y yo acariciaba los vellos de su pecho con ternura, pude sentir cómo se relajaba con ese contacto y deseaba que él se sintiera igual que yo.

Lo observé detenidamente y entonces supe que él era diferente a todos los hombres con los que había salido. En general yo escogía hombres sencillos que no representaban un reto intelectual y emocional para mí, hombres que no me hacían sentir plena como mujer pero que sus características satisfacían el estándar que mi madre esperaba de mí. En cambio, John era un reto cada minuto que pasábamos juntos, me hacía cuestionar las creencias que me habían inculcado en un hogar lleno de prejuicios, me hacía estar vivaz para responderle sus bromas con otra broma, lograba hacerme sonreír con sus locuras sin sentido y sobre todo por primera vez en la vida sentí que era libre de ser yo sin temor a ser juzgada.

No sé si fue obra del destino, pero él ordenó servicio al cuarto y pidió pan francés con frutos rojos, mi favorito.

- ¿Qué haces? – grité mientras él echaba miel de maple sobre mis piernas.

Su carcajada fue tan estridente que no pude evitar reírme con él, me jaló de las caderas y empezó a lamer la miel que escurría por mis piernas provocándome cosquillas. Intenté soltarme de su fuerte agarre, pero no pude así que tomé mi pan y se lo embarré en la espalda y entonces él tomó mis muñecas y comenzamos un juego seductor y divertido que nos dejó sin poder respirar por la risa. En ese momento supe que había encontrado a mi alma gemela y decidí rendirme ante la magia que surgía al estar juntos.

Pasamos el día en cama viendo series, yo soy amante de The Walking Dead y él nunca la había visto, así que prendimos mi computadora portátil y vimos aquella serie juntos. Al principio recuerdo cómo comentaba que se aburría, pero conforme los capítulos avanzaban se convirtió en un fan como yo. El tiempo a su lado era perfecto, no me aburría y los silencios no eran incómodos.

El tiempo pasó volando y cuando vi la hora eran las nueve de la noche.

- ¿Qué no tienes que ir a trabajar? – pregunté de una manera no muy sutil.
- Manejo mi propio horario, pero mañana tengo una reunión a primera hora con un editor para la publicación de mi novela y terminando me reúno con los productores para entregar guiones en los que he estado trabajando. Así que lo más sensato es que me vista y vaya a casa.
- Ok – respondí con un tono de decepción, realmente no quería que se fuera pero sabía que nuestra burbuja no sería eterna.
- ¿Te molesta si ocupo tu baño? Tardaré un poco – dijo algo avergonzado
- Adelante, estás en confianza – respondí en medio de un ataque de risa. -Que todo salga bien – grité antes de que él pudiera cerrar la puerta

Me levanté de la cama para buscar mi ropa de dormir, a pesar de haber pasado todo el día acostada, me sentía cansada. Sonreí para mis adentros, nunca había tenido sexo tan seguido en mi vida y tampoco tan gratificante. Tu muy bien, me dije y prometí recompensarme al día siguiente visitando los estudios donde se grabaron las películas de Harry Potter.

Mi celular sonó y al tomarlo descubrí que era John que me mandaba

mensajes.

J: ¿Qué haces bebé?

R: Acostada muriendo fulminada por el olor jaja :D

J: Lo siento, tengo un estómago terrible.

R: No te preocupes, moriré antes de que tenga oportunidad de exponerte ante el mundo.

J: ¿No te molesta el olor?

Me reí ante su pregunta

R: Obvio no, es algo natural. Algún día tendrás que aguantarme a mí.

J: Sería un privilegio bebé

R: Olor a rosas Bebeeeeeee

Dejé el celular una vez sobre el buró y tomé la camisa de John, todavía olía a él. No escuché cuando él salió del baño y me sorprendió oliendo su prenda.

- Soy adictivo, lo sé – dijo en tono arrogante y le aventé la camisa
- Tuve que buscar algo que me salvara de tus olores y lo primero que encontré fue tu camisa. No te creas tanto – respondí sonriendo
- Fingiré que te creo –
- Fingiré que me creo – reí

Tomó su ropa, se vistió y se despidió con la promesa de almorzar conmigo al día siguiente.

Quedé parada en medio del cuarto observando la puerta, nunca me había pasado que deseara que alguien no se fuera, que se quedara toda la vida. Después de unos minutos de aturdimiento, sonreí y corrí a mi celular para mandarle mensaje a mi mejor amiga “Creo que he conocido al amor de mi

vida” escribí y dejé el aparato en silencio.

Abrí la regadera, siempre he amado un baño caliente y dejé correr el agua por varios minutos. Seguramente los ambientalistas estarían alarmados con el despilfarro de agua que estaba haciendo en ese momento así que apuré mi baño y salí rápidamente. Decidí usar mi pijama más grande y cómoda, parecía dos tallas más grande de lo que yo debía usar, pero amo la holgura y sobre todo los dibujos de corazones que tenía me hacían sentir reconfortada ante el sentimiento de que no pasaría la noche en los brazos de John.

Pedí una hamburguesa al servicio a la habitación y esperé por ella mientras veía las noticias, moría de hambre. Al crecer entre hombres me acostumbré a comer las mismas porciones que mi hermano y primos, por lo que me era imposible hacer dietas y dejar de comer las cosas que tanto disfruto como tacos, hamburguesas, pasta y pizza. Mi cena llegó y mientras me sentaba para degustar aquella delicia, la puerta de la habitación sonó una vez más. Mi primer pensamiento fue que el mesero seguramente había olvidado algo, así que abrí la puerta mientras masticaba el primer bocado de mi cena y me encontré con John parado frente a mí con aquella sonrisa impactante, recién bañado y con una mochila colgada de su hombro derecho, una mochila de Angry Birds.

- ¿Todo eso te vas a comer? – preguntó y asentí mientras tragaba aquel bocado – Me agrada demasiado que no midas cada caloría que pasa por tu boca –

- Si estuviera gorda, aun así, te enamorarías de mí. – dije usando el mismo tono de arrogancia que él usaba muchas veces

- Serías mi gordaaa – respondió dándole una mordida a mi hamburguesa por lo que instantáneamente me lancé sobre él, esa era mi cena.

Al final decidimos compartir esa hamburguesa y ordenar una más, ambos estábamos hambrientos.

- Nunca había conocido mujer más sexy que tú – lo dijo señalando mi pijama de corazones
- Lo sé, derrocho sensualidad con este conjunto rosa de corazones –
- No hay que olvidarnos de tus calzones de abuela –
- Oh por supuesto, son los que levantan pasiones –

Podré usar tacones de aguja, pero mi ropa interior siempre debe ser lo más cómoda posible, no soporto sentarme y sentirme incómoda o sentirme ultrajada por alguna prenda que solo consista en un pequeño hilo de tela. Nunca me ha importado ser mata pasiones con mi ropa interior, es tan rico serlo.

- Me agradan los calzones de abuela desde anoche –
- A mí me agrada Angry Birds desde hace media hora – reí
- Ah sí, se la gané al hijo de un amigo en una apuesta – presumió
- ¿Te atreves a apostar con un niño y ganarle? –
- Por supuesto –
- Pobre criatura, no tienes corazón –
- Cuando lo conozcas entenderás –

Al escuchar esa frase tomé de mi refresco, no quise que viera mi sonrisa de ilusión al saber que iba a conocer gente cercana a él. Mi primera impresión cuando lo conocí el día de mi cumpleaños fue de un hombre arrogante y coqueto, pero hoy podía asegurar que me había equivocado; John es un hombre divertido, noble, real y sobre todo con personalidad de niño.

Caímos rendidos, no hubo sexo, simplemente nos acurrucamos y dormimos toda la noche. La verdad que no aguanté mucho tiempo en sus brazos, siempre he dormido sola y me muevo mucho, así que por momentos el único

contacto que tenía con él era pegando mi pierna a la suya. La noche fue igual de perfecta que la noche anterior.

Él se levantó temprano para irse a su reunión, se despidió de mí con un beso y yo dormí un rato más. Cuando me levanté encontré una nota sobre su almohada.

Te veo pronto bebé, apenas me iré y siento que ya te extraño.

Jhon B.

Suspiré como adolescente enamorada, decidí bañarme y arreglarme. Después de todo era una turista y no podía seguir perdiendo el tiempo. El tren hacia los estudios de Harry Potter saldría en una hora así que decidí saltarme el desayuno e irme a la estación. Desde que abordé aquella máquina me sentí como una niña pequeña, mi amor por la lectura lo adquirí al leer en mi infancia el primer libro de la saga que me cautivó desde el primer capítulo. Hice filas para asistir a cada premier en mi ciudad y compraba los libros en inglés en preventa, para meses después cuando saliera la traducción comprar el ejemplar solo por tenerlo. Cuando salió el último libro de la saga recuerdo que aquel día estuve esperando que dieran las 11 de la mañana sentada en una banca de la universidad para caminar hacia la plaza y recoger el mío, acudí tres veces a la librería hasta que la empleada se desesperó y me pidió el número de mi celular para avisarme cuando llegaran los libros. Iba caminando en el estacionamiento cuando recibí la llamada, esa noche no dormí hasta que terminé de leer y con el final lloré.

Al llegar la emoción me invadió, me sentí como Charlie al ganarse el ticket dorado para visitar la fábrica de chocolate. Tomé fotos, compré souvenirs o mejor dicho un modelo de cada llavero que vendían, me gusta coleccionar llaveros, toqué cada superficie que me fue permitida mientras recordaba las escenas ocurridas en cada lugar.

Recibí una llamada de John durante el trayecto de regreso y quedó en recogerme en la estación. Cuando llegué y lo vi me aventé a sus brazos, le conté de mi gran aventura y él escuchó atento a cada detalle de mi historia.

Durante los siguientes días sólo nos separábamos cuando él tenía que trabajar. Descubrí que él amaba el fútbol más que yo y que incluso lo practicaba, su color favorito era el morado, amaba el pulpo a las brasas, el café y la coca cola light. En el cine nos peleábamos por las palomitas con mucha mantequilla y sin salsa. En esos días descubrí que el amor cuando te llega no se puede frenar, no importa el poco o mucho tiempo que lleva la relación; cuando el amor de tu vida aparece, arrasa y quema todo tu pasado purificando tu corazón y tu alma.

- Te ves increíblemente hermosa –

El segundo sábado de mi viaje a Londres había llegado, esta vez John había decidido llevarme a cenar a restaurante Gordon Ramsay, lo decidió al segundo de escuchar mi plan de ir en mi último día en Londres. Decidí estrenar aquel vestido negro que él me había regalado unos días antes. Él se veía increíblemente sexy con aquel traje gris y camisa rosa, sin corbata, esa imagen me derritió completamente. Me sentía nerviosa, Anne asistiría con su novio y también lo haría Brandon, el hermano de John. Nunca me había importado caerle bien a algún familiar de mis ex parejas, pero ese día estaba que no hablaba de los nervios. Cuando llegamos nos encontramos con Anne y Dylan en la entrada y nos abrazamos.

- Algo me dice que nunca más te irás de Londres – susurró Anne en mi oído

- Me voy en dos semanas – le respondí, aunque en mi mente me pregunté si realmente sería capaz de dejar todo y quedarme en Londres.

- Algo me dice que sólo irás a buscar tus cosas –

Me reí y caminé tomada de la mano de John hacia nuestra mesa, la sensación de tener sus manos entrelazadas con las mías no me cansaba, ese pequeño contacto me hacía sentir que no importaba el mundo porque él y yo estábamos juntos.

Al llegar Brandon me impactó el parecido con John, solo que John pelo negro y Brandon pelirrojo.

- Bran, te presento a mi novia Cam –

Aquella palabra me dejó aturdida, no supe en que momento nos hicimos novios. Sólo sentí que Bran me abrazaba fuertemente y los nervios se me pasaron con ese abrazo tan jovial como el de un hermano.

- Bienvenida a la familia – comentó – él es Marco mi nuevo novio italiano – lo dijo susurrándomelo al oído para que Marco no escuchara.

No cabía duda que los Barnes tenían buen gusto, obviamente John por mí, pero Brandon se había lucido con aquel semental italiano que parecía modelo sacado de una revista.

- ¿Dónde se conocieron? – pregunté interesada en aquella pareja

- Amanda nos presentó – respondió Marco y yo sentí un peso sobre mi estómago – Pero no te preocupes cariño, ya puedes quitar esa cara, no es mi amiga.

- ¿Qué cara? – pregunté inocentemente

- La cara de “Carajo, le van a reportar todo a Amanda” – me reí ante su respuesta. Siempre supe que me engañaba a mí misma cuando creía controlar mi gesto ante mis emociones.

- Cambiemos de tema – sugerí

- Cuéntame Cam, ¿ustedes cómo se conocieron? –

- Ella estaba ebria y me cautivó con sus balbuceos – respondió John

- Idiota – le pegué – Soy la chica que conoció en un bar y se enamoró de su arrogancia – no me fijé en lo que dije hasta ver la cara que pusieron todos, había mencionado enamoramiento.

No supe qué hacer o qué decir, en ese momento me petrifiqué. John puso su mano sobre la mía y apretó mis dedos mientras me daba un beso en la mejilla.

- ¿Quieres ir a comer mañana a casa de mis padres? – susurró en mi oído
- Sí – respondí sin dudar.

En ese momento tuve que admitir que había perdido la cabeza por John, es como si el mundo hubiera conspirado a lo largo de mi vida para llevarme hasta él. A pesar de haber estado comprometida, nunca había deseado realmente casarme y tener hijos. No soy del tipo de mujer que vive para encontrar al amor de su vida y vivir felices para siempre y tampoco tengo el gen maternal. Pero hoy pude asegurar que había encontrado a mi alma gemela en John y que tendría veinte hijos con él si pudiera, claro más adelante. Pasar la vida junto a alguien parecía una vida que valía la pena vivir si fuese junto a él.

Después de la cena, fuimos a un bar llamado Callooh Callay, me encantó la decoración al estilo de Alicia en el país de las maravillas. Me sentí en el video de Tom Petty “ don’t come around here no more” encarnando a Alicia.

- Tú y yo tenemos que hablar – Comentó Anne cuando se sentaba a mi lado.
- ¿Sobre?
- No finjas que no sabes, cuéntame todo de tu relación con John. ¡No sabía que estaba tan avanzada!
- Tal vez no me creas, pero yo tampoco lo sabía, hoy me di cuenta.

Mañana conoceré a sus papás. – susurré

- ¡No lo puedo creer, eres una perra! – vi que Anne casi salta de su asiento

- ¿Por qué? Ahora tú debes contarme algunas cosas – le dije mirándola seriamente

- Amanda nunca conoció a sus padres, las mujeres antes de Amanda tampoco. John sólo tuvo una relación seria hace 10 años y desde entonces todas han sido solo amigas con beneficios.

- ¿Por qué? – John no tenía pinta de ser un mujeriego o rompecorazones, de eso podía estar segura.

- Creo que eso es algo de lo que deberías hablar con él –

Esa respuesta me dejó más intrigada, pero respeté su silencio. Por mi mente volaban miles de teorías como que lo habían engañado, o que no creía en el amor, o simplemente no le gustaban las relaciones serias.

Decidí relajarme y disfrutar la noche, después lidiaría con ese tema. Mientras platicábamos una llamada entró al celular de él y en la pantalla pude ver escrito el nombre de Amanda. Él no respondió y ella insistió un par de veces más. Me concentré en conocer a Bran, tan parecido y tan diferente a su hermano. Bran era un alma libre que iba por la vida en armonía con ella, ecologista de corazón e idealista por convicción. Era fotógrafo y viajaba por el mundo sólo por tener fotografías de las diferentes culturas y la diversidad natural del planeta. Platicar con él te hacía sentir tranquilo, su forma de expresarse te hacía conectarte con tu espíritu. Debo admitir que de todas las personas que había conocido en la ciudad, Bran era sin duda alguna la persona con quien más a gusto me sentía después de John.

Durante el trayecto de regreso al hotel decidí abordar el tema de las casi nulas relaciones estables de John. Cuando hice la pregunta sobre su última relación

seria, él guardó silencio por un par de minutos.

- No es necesario que respondas, respeto tu privacidad – le dije cuando por primera vez sentí el silencio incómodo entre nosotros.
- Es una historia de la que hablo poco, quien me conoce no la menciona y quien me conoció en los últimos nueve años no tiene idea de lo que sucedió
- Entiendo – no pude decir otra cosa, era obvio que deseaba saber, pero no quería presionarlo. Si él no decidía contarme, no podía obligarlo.
- Mira Cam, hace diez años perdí a la mujer más importante de mi vida. Ella y yo acabábamos de comprometernos ese fin de semana y en el camino de regreso sufrimos un accidente. Yo salí intacto y ella murió dos días después en el hospital.
- Lo siento mucho John –
- Ya estoy bien, me llevó muchos años recuperarme de su pérdida. Ahora sólo guardo a Isabela cerca de mi corazón como un buen recuerdo, el mejor de todos mis recuerdos.
- Eso es algo muy bonito – respondí

Aquella historia hizo que me enamorara más de él, aunque me tomó por sorpresa, lo admiré por cómo hablaba de ella. No supe cómo expresar esa admiración que sentía en ese momento hacía él, siempre que me entero de una historia triste no encuentro las palabras para expresarme, mi cerebro se bloquea y me quedo muda.

Llegamos al hotel y entramos tomados de la mano, cuando llegamos a mi habitación entramos y enseguida él tomó mi rostro entre sus manos y pude ver su mirada transparente fija en mis pupilas.

- No sientas que debes competir con Isabela –

- ¿Competir? – mi mente no entendió a qué se refería
- No tienes que competir con un fantasma, ella es mi pasado, y tú eres mi presente y espero que seas mi futuro también.

Después de unos segundos de confusión por fin entendí de qué me hablaba, tal vez él malinterpretó mi silencio en el camino y el elevador como un signo de inseguridad o de preocupación.

- Me parece hermoso que la recuerdes, que la lleves contigo. Eso habla del hombre con un gran corazón que eres y me encanta que lo seas.

Nos besamos, esta vez no hubo prisa. Fue un beso lleno de cariño mientras nos desvestíamos lentamente. Su piel ardía, comenzaba a prender cada rincón de su cuerpo. Le hice el amor lentamente, disfruté de cada segundo que estuvo dentro de mí y terminamos al mismo tiempo.

Al levantarnos teníamos como regla tener relaciones despertando, iniciar el día de la mejor manera posible y esta vez tuvimos que improvisar en la ducha ya que se nos había hecho tarde para ir a casa de sus papás. Me arreglé lo mejor que pude aunque él aseguraba que me iban a adorar al momento de conocerme. Durante el trayecto hicimos planes para que a mi regreso a México él me acompañase a México a conocer a mi familia, moría de risa de imaginar la cara de mi madre después del tormento de rechazar a su hombre perfecto para casarme.

- ¿Alguna vez has pensado en dejar México y vivir en otro país? – preguntó serio
- Si encuentro algo que valga la pena en otro país, lo haría sin dudarlo –
- Cuéntame sobre tu familia –
- Mi papá es el hombre que más amo, lo admiro tanto y si nos vieras

juntos te reirías porque soy como una niña de 10 años cuando estoy con él –

- ¿Y tu mamá?

- Bueno es una relación complicada porque pensamos muy diferente, pero ella es mi madre y daría la vida por ella. Mi hermano es mi mejor amigo, hacemos todo juntos y platicamos de todo. Y tengo un hijo – dije sonriendo y vi cómo se giraba a verme con la cara de Linda Blair en la película del exorcista.

- Eso no me lo habías contado y no vi ningún niño en tus fotos de redes sociales –

- ¿Acaso el señor Barnes se ha tomado el tiempo para estarme acosando?

- Soy totalmente culpable – respondió

- Mi hijo se llama Jack – y sonreí

- ¡Tu perro se llama Jack! Está muy feo – se rió

- Mi perro es hermoso, feo estás tú. Jack es lo más guapo que existe en el mundo – le di un puñetazo en el brazo

- ¿Qué raza es? –

- Boston Terrier

Recordar a Jack me hizo sonreír, aquel negro chaparro era mi consentido y me daba amor incondicional. Una de las pocas razones que tenía para regresar a México era precisamente él, deseaba regresar para verlo, abrazarlo y llenarlo de besos.

- Hemos llegado – anunció John y me descubrí frente a una casa de estilo antiguo rodeada de árboles y flores. Me encantó aquel lugar, simplemente era hermoso como de un cuento de hadas y John era realmente un príncipe, mi príncipe azul- ¿Lista?

- Muy Lista

Entramos en aquel hogar e instantáneamente se sintió acogedor, la chimenea estaba prendida y los tonos cálidos de las paredes y los muebles me hicieron sentir en casa.

- Bienvenidos –

Una hermosísima y elegante mujer pelirroja se acercó a nosotros y me dio un abrazo fuerte, después abrazó a John y él la cubrió de besos, sonreí ante aquella escena.

- Mamá ella es mi novia Camila –

- Me da tanto gusto conocerte, llámame Luisa – tomó mi brazo y me guio hasta la sala donde nos acomodamos juntas. – Tu padre baja en un momento.

Esa mujer era pura amabilidad, no dejaba de ofreceme bebidas o golosinas, preguntaba si necesitaba más cojines y me contaba sobre su día. De pronto vi a un señor idéntico a John solo que algunas décadas más viejo, aparecer en las escaleras. John se levantó y lo abrazó con mucha fuerza, sus ojos brillaban y fue cuando noté que adoraba a su madre, pero que su papá era su favorito. Aquel hombre me dio un fuerte apretón de hombros, no era un abrazo, pero se sintió igual de bien, se presentó como John Barnes y nos invitó a pasar a comer. Bran llegó en el momento que nos estábamos sentando en el comedor y entonces vi que ambos hijos eran idénticos a su papá excepto que Bran había heredado el cabello de su madre.

- ¿A qué te dedicas Luisa? –

- Soy ama de casa querida ¿y tú?

- Soy Chef

- Algún día tendrás que cocinar algo Cam – comentó Bran

- Por supuesto, sería un placer –

- ¿Usted a qué se dedica señor Barnes? –

- Soy profesor en la Universidad de Oxford, llevo 25 años allí –

Así transcurrió la comida, conociéndonos. John estaba muy callado, sólo platicaba con su papá, pero se mantenía distante del resto de nosotros y muy pendiente del celular. Pude observar detenidamente la interacción entre ambos John Barnes. Aquel hombre trataba a su hijo como su bebé y mi novio se portaba como un niño feliz junto a su padre, incluso su tono de voz cambiaba cuando hablaba con él. Tomamos el té, nunca he sido fan, pero se me hizo descortés despreciar aquella taza que es toda una tradición en este país; así que ahí me encontraba sentada con aquella familia que se profesaban mucho amor y de la cual me estaba enamorando. Cada uno era tan diferente, Luisa era la amabilidad en persona, una mujer pendiente de su familia y que amaba con todo su corazón; John Barnes papá era un hombre intelectual, se le notaba en su forma de hablar y sus comentarios que a veces eran pocos, pero siempre certeros, John hijo era intelectual pero más sociable que su padre y con la amabilidad de su madre; y Bran era alegría, espiritualismo y honestidad pura. Tan diferentes y se amaban tanto.

- Tenemos que irnos bebé – me dijo John extendiendo su mano hacia mí.

- Pero todavía es temprano – me quejé

- Lo sé, pero debemos estar en otro lugar –

Tomé su mano y me despedí de su familia con besos y abrazos. Luisa y yo prometimos reunirnos en la semana para tomar el té y conocernos más. No nos subimos a la camioneta, caminamos por un rato hasta que llegamos a una cancha de fútbol.

- Hoy serás mi porrista – dijo y enseguida nos acercamos a su equipo, me los presentó, pero eran demasiados así que no pude memorizar los nombres.

Al que reconocí como Félix se le acercó con una maleta entregándole su uniforme a John, pude ver que era azul y el número que usaba era el 10. Me senté en unas bancas que se encontraban y vi a mi novio salir del vestidor con aquel uniforme. No pude evitar fijarme en sus piernas fuertes y torneadas que se veían espectaculares con ese short. Definitivamente verlo enfundado en ese uniforme me encendía.

El primer tiempo transcurrió sin goles, grité y salté cada que vi que John tenía la oportunidad de meter gol, en el medio tiempo fue corriendo junto a mí y me hizo la promesa que metería un gol para mí. Cuando el segundo tiempo comenzó yo estaba nerviosa, vi cómo tiraban a John y sentí que se me salía el corazón al pensar que lo podrían lastimar, pero se levantó le dio la mano al contrincante que lo tiró y siguió jugando. A los pocos minutos de que acabara el partido le dieron un pase y metió un golazo, brinqué y grité festejando mientras que él me señalaba dedicándome aquella anotación. Cuando terminó el partido no me importó que estuviera empapado en sudor, corrí a abrazarlo y besarlo. Al término del partido fuimos por unas cervezas con sus compañeros de equipo y ahí pude notar cómo todos lo admiraban. Le consultaban algunas situaciones laborales o personales, lo respetaban y todos estaban felices por verlo feliz a mi lado.

Cuando regresamos a su camioneta no pude esperar más y me lancé sobre él, lo besé apasionadamente mientras bajaba su short y le daba sexo oral, me había excitado tanto verlo en ese uniforme que decidí darle ese regalo por ser tan sexy y por su gol. Lo escuché gemir roncamente cuando llegaba al clímax y me sentí una diosa sexual.

Al llegar a mi hotel tomó su mochila y echó sus cosas, me sentí consternada al pensar que no pasaríamos esa noche juntos, pero él se acercó a mí y me abrazó.

- Es hora de que dejemos este hotel y vayamos a casa –
- ¿Casa? – pregunté confundida
- Sí es hora de llevarte a mi casa, ahí te quedarás a partir de hoy – lo vi estupefacta cómo se acercaba a mi maleta, la abrió e iba echando en ella todo lo que encontraba a su paso.

Nuestra relación avanzaba a pasos agigantados, no éramos adolescentes y por lo tanto nuestras decisiones deberían ser mejores, pero cuando conoces al amor de tu vida desde el primer momento lo sabes y el tiempo es un factor que no entra en la ecuación.

Al llegar a su casa me enamoré, era una versión pequeña de la de sus padres en el exterior, pero en el interior su decoración era contemporánea. Me cargó en brazos antes de cruzar la puerta y yo le di un beso largo.

- Bienvenida a casa bebé – dijo sonriendo y cruzamos el umbral

Esa noche no dormimos, hicimos el amor en la sala, en el centro de la cocina, en el lavabo del baño, en el escritorio del estudio, en las recámaras y al principio de la escalera. Amanecimos a los pies de la chimenea envueltos en una manta platicando de nuestros sueños. No sé en qué momento quedé dormida en sus brazos, pero cuando me desperté él todavía tenía la respiración de un sueño profundo. Me levanté despacio procurando no despertarlo y me dirigí a la cocina, abrí el refrigerador y sólo encontré cerveza. “Hombres” fue lo primero que cruzó por mi mente, subí a la habitación y tomé prestada ropa deportiva de John, bajé tomé mi bolso y salí a buscar el supermercado más cercano. Tuve la suerte de que a una cuadra encontré uno y decidí comprar de todo, moriríamos de hambre si dependiéramos de John y el contenido de su refrigerador. Al principio me sentí extraña porque había productos que no reconocía, pero poco a poco me fui adaptando a no encontrar las marcas comunes a las que estaba

acostumbrada. Compré desde verduras, frutas, carnes, hasta pastas y lácteos. Tuve que tomar un taxi para poder regresar a casa. Al entrar noté que John seguía profundamente dormido, me sorprendía su capacidad de dormir ya que yo sufría de insomnio y una vez que me despertaba no podía volver a dormir, sin importar el poco tiempo que hubiese descansado, así funciona mi cuerpo.

Acomodé las cosas en los gabinetes y procedí a realizar el desayuno. Extrañaba un desayuno mexicano así que decidí preparar unos huevos a la mexicana acompañados de frijoles refritos y tortillas hechas a mano, o bueno lo más parecido que pude hacer unas tortillas con los ingredientes que encontré en el supermercado. Estaba concentrada en la preparación cuando escuché pasos entrar a la cocina y vi a John completamente despeinado y con los ojos hinchados, una imagen perfecta.

- No tardaste en descubrir para qué te traje a la casa –
- Oh bebé, seré tu cocinera personal
- ¡Bingo! – gritó – Esto huele delicioso – exclamó mientras intentaba meter los dedos en los frijoles y yo le daba un leve golpe en la mano con la cuchara.
- No hagas trampa, pon los platos para que sirva –

Nos sentamos en la isla de su cocina. Sorprendentemente lo vi probar aquellos huevos que llevaban chile habanero obtenido de una salsa Tabasco y no se enchiló. Me sentí feliz, yo no podía vivir sin el picante y no tendría que evitar cocinar con él.

- Delicioso – dijo mientras masticaba

Sonreí y comimos en silencio, recordé mi casa, mi familia, mi hermano que le encantaba como a mí comer todo lo que se me ocurriera preparar. Extrañaba a Jack pidiendo comida y enojándose si no le daba. Suspiré y deseé ver a todos pronto.

John lavó los platos mientras yo subía a darme un baño, en cuanto se desocupó me alcanzó y aprovechamos juntos el agua caliente que se sentía fría al calor de nuestros cuerpos excitados haciendo el amor.

Los días pasaron rápidamente, y decidí posponer mi regreso a México dos semanas más. La madre de John me visitaba constantemente y compartíamos recetas, el fin de semana cocinábamos juntas para la familia. John y yo nos estábamos acoplando a una rutina placentera, mientras él trabajaba yo paseaba por la ciudad conociendo los lugares emblemáticos, aunque con los días comencé a querer pasar menos tiempo paseando y más tiempo en casa junto a él. Cuando él salía de trabajar me llevaba a lugares que no se encontraban en la guía turística pero que eran igual de espectaculares que los que sí lo hacían. Viví Londres y viví la experiencia John al máximo.

Aquel viernes decidió no ir a trabajar y me llevó a una cita sorpresa. Llegamos al Támesis y había una barca con una lona que decía mi nombre sobre ella. Caminé emocionada hasta ese punto y encontré el lugar lleno de pétalos, una pequeña mesa en el centro con copas de vino y velas en el centro. Lo abracé y lo besé incontables veces por el detalle sorpresa. Navegamos por el río mientras disfrutábamos de la vista y la compañía del otro.

- Te amo – dijo mientras bailábamos al ritmo de música imaginaria.
- Yo también te amo – le respondí feliz
- Quiero hacerte una propuesta – comentó y presté mucha atención – Vamos a México a conocer a tu familia, me quedo un mes contigo y después de ese mes agarramos a Jack, tus cosas y te vienes a vivir conmigo a Londres.

Me quedé en blanco mientras procesaba lo que acababa de escuchar, obvio estar con él estos días era fascinante, pero ¿dejar a mi familia? No estaba

segura, mi padre es un hombre grande del que no puedo alejarme mucho tiempo porque siento que me estoy perdiendo demasiados momentos juntos, mi madre a pesar de ser tan diferentes es la brújula que me mantiene en el camino y mi hermano es mi mejor amigo, no verlos seguido era una idea estremecedora. Pero por otro lado, cada uno de ellos tenía su vida hecha y yo quería lo mismo para mí, así que decidí que valdría la pena vivir una vida llena de amor, mientras veía el río Támesis y sobre él, el enigmático Big Ben marcando cada segundo felicidad que tenía estando con John...

- Aceptaré con una condición – dije
- ¿Cuál? –
- Jack debe aprobarte, si no le agradas no podremos mudarnos a Londres –
- ¡Oh Bebé! Jack me amará si llego a conocerlo con empanadas de ternera – me reí e imaginé a mi chaparro moviendo su cadera de la emoción y no por verme sino por las deliciosas empanadas.

Hicimos planes para comprar nueva decoración para la casa y una cama enorme para Jack, aunque yo sabía que él sólo querría dormir a mi lado. Viviría en la ciudad de mis sueños con el hombre de mis sueños. Esa noche tendríamos que empezar a hacer maletas porque la salida de nuestro vuelo era el próximo domingo.

Volvimos a casa y los dos nos pusimos a hacer maleta, guardé cada recuerdo que llevaba a mi familia y amigos con la emoción de que pronto los vería y de que todos podrían conocer al amor de mi vida. Hicimos el amor como cualquier otra pareja en una noche de viernes antes de dormir, algo tan excitante, pero a la vez tan pacífico por la certeza de que despertaríamos y nos acostaríamos juntos por el resto de nuestras vidas. Dormir abrazada de él ya no era extraño, nuestros cuerpos se habían acostumbrado el uno al otro, de

tal manera que hasta en el sueño más profundo nos movíamos para adaptarnos y no soltarnos.

Esa mañana John salió demasiado temprano que no pudo desayunar conmigo, así que ahí me encontraba sentada observando aquella cocina y pensando en los cambios que le haría cuando el timbre de la casa sonó. No recordé haber quedado con Anne o Luisa de vernos, mi sorpresa fue inmensa cuando al abrir la puerta me encontré con la cara de Amanda.

- Camila, buenos días. Necesito hablar contigo.

No respondí, simplemente me hice a un lado para dejarla pasar. Mi mente era un caos, no encontraba una razón importante para que aquella mujer decidiera pasar a visitar. La invité a sentarse en la sala.

- Te preguntarás qué hago aquí – dijo y yo asentí

- Amanda, John y yo estamos muy felices, puedes por favor ser breve y retirarte de mi casa – pedí en tono cortante, ya estaba arrepentida de haberla dejado entrar

- Camila, estoy embarazada – afirmó y yo sentí que mi alma abandonaba mi cuerpo, en mi mente repetí una y otra vez “Que no sea de John”.

- ¿Eso qué tiene que ver con nosotros? – pregunté levantándome del sillón

- Es de John –

Comencé a temblar de las manos, sentí frío y mi mente daba vueltas. Me sostuve del respaldo del sillón y respiré hondo varias veces para recuperarme del impacto. Esta mujer debía estar loca o mintiendo, sus afirmaciones no podían ser verdad.

- Camila, tengo diez semanas de embarazo –

Entonces en mi cabeza todo hizo clic, Amanda a pesar de ser frívola no se veía como una persona oportunista o una mujer que anduviera con cualquier hombre. Hace 10 semanas John todavía estaba en una relación con ella, hace 10 semanas mi futuro había sido decidido y yo no había tenido la oportunidad de ayudarme.

- ¿Él lo sabe? – pregunté
- No, quise hablar contigo antes para pedirte que por favor no dejes a mi hijo sin un padre. Yo sé que John jamás sentirá por mí lo que siente por ti, pero me gustaría que mi bebé tuviera la oportunidad de crecer junto a su padre. Camila... -

Alcé la mano interrumpiéndola, caminé hasta donde estaba mi celular y le envié un mensaje a John.

Debes venir a casa en este momento, por favor.

Me volví hacia Amanda y vi a una mujer desesperada pero no sentí compasión por ella. Acababa de perder al amor de mi vida y solo sentía compasión por mí.

- Eso es algo que debes hablar con él- le dije y subí las escaleras

Me senté en la cama a llorar, yo no podía pedirle a él que me eligiera sobre su propio hijo. Todos los planes se estaban derrumbando, el futuro que planeábamos juntos se esfumaba de mis manos como el aire.

Escuché cuando él llegó y escuché cuando le gritó a Amanda que qué hacía en la casa si no era bienvenida. Ella le suplicó que la escuchara y él le pedía que se fuera inmediatamente.

- Carajo John estoy embarazada y es tuyo – la escuché gritar fuerte y entonces se hizo un silencio sepulcral. Lo imaginé atónito sin poder moverse por aquella noticia. Mi corazón se quebró en mil pedazos.

Abrí mi maleta y comencé a echar las cosas que faltaban cuando escuché a John gritar.

- ¡Pero qué demonios Amanda! Esta debe ser una de tus mentiras –

Y ya no escuché más de la conversación que ellos mantenían, al parecer ambos habían decidido dejar de gritar y comenzar a hablar pacíficamente. Tomé una de las playeras de John de su equipo de futbol y la eché en mi maleta, me llevaría algo de él conmigo. Al venir de un hogar separado, no quería que ese bebé pasara por todas las inseguridades que yo pasé toda mi vida al no tener a mi papá cerca, por eso debía irme a casa, aunque realmente estaba dejando mi hogar para regresar a aquella calurosa ciudad en la que había nacido. Escuché la puerta principal cerrarse y a los segundos la puerta de la recámara se abrió dándole paso a un John destrozado, quiso abrazarme, pero me hice para atrás. Si él me tocaba, yo no tendría la fuerza para marcharme. Tomé mi celular y pedí un taxi.

- Perdóname por favor – suplicaba él una y otra vez

Caminé hacia él y me paré de frente buscando su mirada, aquella mirada que me había enamorado desde el momento en que se cruzó con la mía el día de mi cumpleaños.

- John, me has dado los días más felices y llenos de amor que jamás pude imaginar. Gracias por ese regalo y agradezco a Dios por darme la bendición de conocer al amor de mi vida.

- No me dejes, Camila por favor, no me dejes – dijo mientras lágrimas corrían por su rostro. Escuché el timbre del taxi que había llegado a recogerme

- Tú y yo sabemos qué es lo correcto, por eso me voy. –

No puede aguantar más, me acerqué a él y tomé su rostro entre mis manos, vi

aquella mirada que yo amaba, me concentré en memorizarla para recordarla por el resto de mi vida. Le di un último beso, un pequeño roce de nuestros labios, el elixir que me inyectaba felicidad esta vez me supo amargo.

- Te amo – dijo

Tomé mi maleta y caminé lejos de él, a cada paso que daba dejaba mi felicidad en esa casa.

- Yo también te amo – susurré al llegar al pie de la escalera.

Pude adelantar mi regreso para el sábado en la noche, trataba de mantenerme en calma mientras estaba en el aeropuerto rodeada de gente y aun así todos me miraban cuando pasaban a mi lado, seguramente mi cara reflejaba el dolor y la desesperación que sentía por dentro. El vuelo a México fue eterno, siempre que me deprimó el sueño se me va, el hambre desaparece y la ansiedad se apodera de mí. No pude escuchar música para distraerme porque sabía que en mi estado la música quebraría la poca entereza que me quedaba. Cuando por fin aterricé en mi ciudad, mi familia me recibió, al ver mi cara nadie hizo preguntas de por qué el inglés no había llegado conmigo. Llegué a casa y no la sentí mi casa, Jack me recibió con el amor y la emoción potenciada diez veces más que lo normal, lo cargué y me encerré en mi cuarto.

Los primeros días no me levantaba más que para ir al baño, entre mi hermano y mi mamá intentaban hacerme comer, pero al probar bocado vomitaba. Yo había tomado la decisión de dejarlo, eso no significaba que doliera menos. Un primo que era doctor me recetó pastillas para dormir ya que mi hermano le había comentado de mi estado, al menos esas pastillas me ayudaban a dormir unas horas. Mis sueños no eran tranquilos, en todos estaba él y los recuerdos y las imágenes de una vida que no pudo ser.

Los días pasaban y mi estómago comenzaba a tolerar comida líquida, había perdido ya cinco kilos en las semanas que llevaba de vuelta en casa. Ya me sentía cómoda viendo televisión, aunque si me encontraba con The walking dead o algún programa romántico, inmediatamente cambiaba de canal. La música seguía estando fuera de mi tolerancia.

Así llegó junio, mes de su cumpleaños y cuando el cuarto día del mes llegó, la depresión se apoderó de mí. Esa mañana decidí ponerme aquella playera azul de futbol con el número 10 grabado en la espalda, todavía olía a él. Ese día lloré hasta que el dolor y el cansancio me vencieron.

Al despertar me encontré con mi papá sentado al pie de mi cama, me sonrió al ver que abrí los ojos. Mi mamá debía estar desesperada como para hablarle y dejarlo pasar a su casa.

- ¿Qué pasa mi niña?
- Papi – exclamé y en ese momento solté el dolor que llevaba dentro, lo dejé salir a través de lágrimas, de sollozos, de palabras que se iban convirtiendo en nuestra historia juntos, la mejor historia de amor que jamás ha existido.

Mi papá acariciaba mi cabello mientras escuchaba detenidamente todo lo que yo decía, no me interrumpió y se lo agradecí infinitamente. Conforme

hablaba, el llanto disminuía, los recuerdos estaban ahí y seguían doliendo como el primer día, pero mi papá me hacía sentir más fuerte. Cuando terminé mi papá me ayudó a sentarme y después se sentó frente a mí.

- Mi pequeña niña, ¿Y por qué lloras? –
- Porque jamás volveré a verlo, jamás tendremos una vida juntos – contesté con voz cortada.
- Jamás es una palabra muy definitiva mi niña y mientras haya vida, hay un mundo de posibilidades. Mira Camila, Dios te dio el regalo de conocer un amor tan fuerte que no fue egoísta y te ayudó a hacer lo correcto. Dios te dio tal vez lo que para ti fue poco tiempo junto a él, pero agradece esa bendición porque hay personas que nunca en su vida se topan con el amor. Debes estar feliz porque lo tuviste, porque lo viviste y porque fuiste amada con la misma intensidad que amaste.

Me quedé callada sopesando las palabras que mi papá acaba de pronunciar. Se despidió de mí dejándome sola con mis pensamientos. Esa noche soñé con él y ya no dolió. Mi papá tenía razón, había encontrado al amor de mi vida y en un lugar inesperado, tal vez nuestro felices para siempre no había sido para toda la vida, pero con eso me bastaba para ser feliz por haberlo conocido y por haberlo vivido. Sabía que John estaría en mi mente y en mi corazón por el resto de mi vida y estaba ciento por ciento segura que mi último pensamiento antes de partir con Dios serían aquella mirada y aquella sonrisa que le daban vida a mi vida. Tal vez nos encontraríamos en otra vida y en ella podríamos vivir todo lo que en esta no pudimos. Me levanté de la cama decidida a vivir mi vida plenamente por los dos, por ese amor que me inundaba cada segundo de mis días.

Dos años pasaron desde nuestra separación, dos años en los que no había tenido contacto con él ni con alguno de los amigos Londinenses. Dos años y todavía lo extrañaba, todavía imaginaba su risa estúpida ante mis bromas, dos años recordando su mirada al despertar y al acostarme. Dos años desde que había dejado una vida soñada.

Actualmente volvía a hacer maletas para volver a aquella ciudad que me había regalado aquella historia de amor. Ya no iba de turista, había conseguido un trabajo como Chef asistente de Gordon Ramsay al cual había conocido en un viaje a Las Vegas y en donde se me presentó la oportunidad de aprender de él. No dudé en aceptar la propuesta, si algo había aprendido de mi historia con John es que la vida hay que vivirla al momento a como se te presente, eso es lo que la hace mágica.

Renté un pequeño departamento junto con mi fiel compañero Jack, cerca del restaurante donde trabajaba. Los días se me pasaban volando en aquella cocina, pensaba en él siempre que tenía un éxito, en mi mente imaginaba que le contaba y que él me respondía “Excelente bebé” con una cara llena de orgullo. Nunca pensé en buscarlo, era algo que no podría soportar; ya había aprendido a vivir con su ausencia y no quería volver a verlo para perderlo una vez más.

Las semanas pasaban y Jack y yo pronto nos acostumbramos a esta nueva rutina. Él disfrutaba de los paseos bajo la lluvia y yo comenzaba a agarrar el gusto por el té.

Era una noche fría de otoño, habían pasado meses desde que había llegado a vivir a Londres. Al salir del trabajo tomé un camino distinto de regreso a casa para conocer la nueva librería del barrio y al llegar me impactó ver una foto mía pegada en el aparador que daba hacia la calle, pero no era exactamente

una foto mía, era una foto de mi sonrisa que fue usada como portada de un libro. Me acerqué rápidamente para ver mejor y el nombre de aquel libro hizo que mi corazón se detuviera “Alba”, el nombre que John y yo habíamos acordado ponerle a nuestra hija cuando la tuviéramos. Mi mirada voló rápidamente hacia el nombre del autor y ahí estaba, “John Barnes”. Entré inmediatamente y pedí un ejemplar, pagué y salí corriendo de aquel lugar. Las manos me temblaban, la lluvia golpeaba mi cara mientras yo corría de regreso a casa ansiosa por leer aquella obra.

La gente se quitaba de mi camino y me gritaba insultos al ver mi prisa. Estaba tan aturdida por el impacto de aquel descubrimiento que no me fijé al cruzar la calle y una camioneta frenó de golpe, evitando atropellarme por pocos centímetros. Me espanté y dejé caer el libro. Escuché cómo los autos le pitaban al conductor de aquel vehículo y sentí mucha vergüenza. Levanté el libro y decidí alzar la mirada para disculparme con la persona al volante.

Mi mundo se detuvo en ese instante, mi mirada se cruzó con aquella que recordaba día y noche desde hace más de dos años, pero los recuerdos no le hacían justicia a la real. Vi el impacto reflejado en su rostro, vi su intención de bajarse de su camioneta y salí corriendo una vez más, por suerte no venían coches así que pude hacerlo rápidamente.

- Camila- escuché que gritó

Mi nombre saliendo de sus labios casi provoca que yo me girara y corriera en su dirección, pero no podía volver a tenerlo cerca para después no volver a verlo. Llegué hasta la puerta de entrada de mi edificio, empapada y temblando no sé si de frío o por el encuentro que acaba de suceder. Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no escuché que alguien se acercaba por atrás de mí.

- Camila – otra vez aquella voz, estaba tan cerca que me giré y en

Obra protegida por derechos de autor

LONDON



¿Destino o casualidad?

D.J.57

LUZ RÍOS

Obra protegida por derechos de autor

dos pasos John estaba frente a mí.

Nuestras miradas se encontraron y mi respiración se detuvo mientras que mi corazón latía desbocado amenazando con salir de mi pecho. No hubo palabras, solo un silencio eterno. Entonces él sonrió como aquella noche en que nos conocimos, como aquella primera noche en que me enamoré, y mi mundo tuvo sentido una vez más, me lancé a sus brazos sin pensar en nada más. Ese beso despertó mi alma que llevaba dormida demasiado tiempo, alimentó mi corazón con amor y mi cuerpo vibró como lo hizo en nuestro primer beso. No hubo palabras, lo guié hasta mi departamento. Jack nos recibió pero lo ignoramos y nos encerramos en la recámara.

Todavía mis manos recordaban cada centímetro de su piel que recorrían ansiosas por la larga espera de otro encuentro. Hicimos el amor apasionadamente, con el ansia de habernos extrañado demasiado, con el amor acumulado a través del tiempo, con la alegría de no extrañarnos más. Hicimos el amor y el mundo no nos importó.

Cuando leí Alba, descubrí que era una historia de amor en donde yo era la protagonista. Un Best Seller a nivel mundial y me sentí orgullosa de John. Después de nuestra noche del reencuentro hablamos y supe que Amanda había fallecido al dar a luz a su hijo Mateo, por lo que John era un papá soltero. No me había buscado por los mismos motivos que yo tuve para no buscarlo cuando llegué a vivir a Londres. Decidimos llevar despacio la relación pero en nuestro pequeño mundo despacio era más rápido que el parámetro normal.

Estando juntos todo lo demás era simplemente insignificante.